

Para empezar, algunas ideas con las que tomar impulso y...

Elogio de la imaginación radical o contra las prisiones de lo posible

Silvia Navarro Pedreño

Trabajadora social y socióloga. Facilitadora en procesos de innovación y aprendizaje organizacional. Creadora y responsable del proyecto “rayuela creActiva”

“Un poco de imposible o me ahogo”.
Marina Garcés

Que la realidad siempre supera a la ficción ya lo sabíamos, no es ninguna novedad. Es más, creo que si el argumento de este año 2020 lo hubiera escrito un guionista, sin ninguna duda, ahora sería el profesional más cotizado y con más proyección del mundo. Acepté agradecida la propuesta de colaborar en este número monográfico de la RTS sobre creatividad e innovación pocos meses antes de que un virus con un diámetro medio de sesenta y siete nanómetros, un agente acelular que necesita otro ser vivo para replicarse, de un día para otro, diera un vuelco radical a las vidas de todos los habitantes del planeta, condenándonos a vivir dentro de una especie de distopía digna de la mejor serie de Netflix.

Al inicio, todavía en estado de shock, cuando no podíamos creer que estaba ocurriendo aquello que nunca habíamos imaginado, como primera reacción a una realidad que estallaba y saltaba por los aires en infinitos pedazos, algunas voces, probablemente tan bienintencionadas y optimistas como ingenuas, a modo de oráculo, se hicieron oír. Muy convencidas, aquellas voces defendieron que esta crisis sin precedentes significaba el fin de un mundo agotado y que eso era una oportunidad, que de esta experiencia tan inédita seguro que saldríamos mejores, que nuestra vulnerabilidad (por fin descubierta) era también nuestra fortaleza, que no existía otro camino posible que no fuera la cooperación y la solidaridad para no dejar a nadie atrás, que más que nunca había llegado el tiempo de innovar, de reconstruir juntos o, mejor aún, de construir algo nuevo.

Hoy las olas embravecidas de ese tsunami que son las crisis múltiples generadas por la pandemia nos continúan amenazando sin compasión alguna y no nos dan tregua. Han pasado los meses pero, de momento, la única certeza y realidad constatable es que seguimos inmersos en una “nueva normalidad” que es como la antigua (si aquello lo podíamos considerar normalidad), pero con virus incluido. A estas alturas, lo que sí nos ha quedado bien claro es que esta crisis no es, por defecto, una oportunidad y que no necesariamente sacará lo mejor de nosotros, que la pandemia

sí que sabe de clases sociales y que las desigualdades se propagan a la misma velocidad de vértigo que el virus. Igualmente, se ha evidenciado que la política y las instituciones no tienen ningún sentido si no trabajan a favor de la vida, si están lejos del sufrimiento cotidiano y de la falta de horizontes de todas aquellas personas golpeadas por tantas pérdidas.

No nos engañemos. Todo lo que está pasando y lo que estamos viviendo no tiene que ver con un mundo fulminado repentinamente por la pandemia. Lo que ha evidenciado la crisis provocada por la COVID-19 es que ya vivíamos en un mundo agotado hace tiempo, a pesar de que no lo queríamos admitir. Por eso, íbamos haciendo como si nada, saliendo del paso, mirando hacia otro lado, acríticos, adaptados, instalados en lógicas de pensamiento y de acción caducas, y que más que transformar realidades, las afianzaban o, en el peor de los casos, las cronificaban. Lo más inquietante de todo es pensar que, superada esta crisis, cuando todo esto acabe, puede pasar que no hayamos aprendido nada como sociedad y que todo continúe igual. Incluso podría suceder que ni tan siquiera la pandemia y sus consecuencias nos hayan servido para saber que sabemos menos de lo que creemos y que, por eso, aprender, desaprender y reaprender constantemente, es tan vital como el aire para respirar. Porque, ¿de qué sirve que el mundo cambie si nosotros continuamos relacionándonos con él como siempre y seguimos interviniendo en él con los mapas y los esquemas obsoletos del pasado?

Si esta reflexión la trasladamos al ámbito de los servicios sociales, podríamos decir que “ha llovido sobre mojado”, porque antes de la pandemia ya necesitaban con urgencia actualizarse y repensarse en profundidad. Su situación era crítica, pura subsistencia, estaban tocados y casi hundidos, sobre todo, por la falta de visión y de capacidad de innovación y, por lo tanto, de incidencia real en la sociedad. Con la pandemia, enfrentados los servicios sociales, cuerpo a cuerpo, a la brutal presión de la emergencia, se ha evidenciado más que nunca su miopía para leer las realidades sociales, la falta de articulación y la ausencia de estrategia, de flexibilidad y de eficacia organizativa, de recursos suficientes y de agilidad en su gestión. Y, además, muy a menudo, todo esto, con el paisaje humano de fondo de unos equipos desbordados y de unos profesionales poco cuidados.

Cuando el verdadero reto era sostener empáticamente, acompañar y ofrecer a la ciudadanía más y mejores apoyos adaptados a la gran diversidad de situaciones a atender, en general, lo que se ha impuesto es la reproducción rígida y automática de las respuestas reactivas y limitadas de siempre. Además, nada apunta a que esto pueda ser diferente si no hay tiempo, espacio y, sobre todo, voluntad e inteligencia, para hacer autocrítica, para la reflexión sobre la experiencia y para aprender de ella. Es paradójico que cuando se supone que los servicios sociales son, por fin, reconocidos como esenciales, situados ya al límite del colapso, cada vez les cueste más conectar sus respuestas con aquello verdaderamente esencial que da sentido a su existencia y a su misión. Probablemente, la principal innovación que necesitan hoy los servicios sociales y, en general, el conjunto de servicios de bienestar social, es reconectar con esta esencia, con su

vocación humanista, crítica, transformadora y de construcción colectiva de una sociedad más justa e inclusiva, en la cual todas las personas puedan encontrar oportunidades vitales para tener una vida digna y plena.

¿Cómo podríamos empezar a avanzar en esta dirección? Yo diría que, sobre todo, dejando de esperar que sean las circunstancias, los factores de contexto o los agentes externos, los que provoquen que, por fin, algún día, algo cambie o mejore. No será la simple llegada de una o varias crisis solapadas lo que traerá de la mano, necesariamente, la innovación y el cambio. Insisto, antes de la pandemia ya nos sobraban los motivos para innovar y... Lo que hará que los servicios que se dedican a la acción social salgan renovados y reforzados de esta prueba de fuego que es la pandemia o, por el contrario, tocados de muerte definitivamente, será que la multiplicidad de actores que los configuramos (políticos, directivos, profesionales...) activemos al máximo nuestra capacidad de autocritica y de comprensión. Necesitamos mirarnos hacia dentro y entender por qué tenemos tantas resistencias a pensar diferente, a imaginar sin límites, a proponernos nuevos retos, a arriesgar, a darnos permiso para tener nuevas ideas, a probar y a experimentar con ellas, a aprender de lo que hacemos (también y sobre todo de los errores), a generar juntos y compartir conocimiento, a convertir nuestras organizaciones en espacios más humanos e inteligentes donde sea posible crecer y desarrollarnos, disfrutar y ser más felices.

Sin comprender aquello que nos pasa y los motivos por los que nos pasa, nunca podremos hacer nada distinto a lo que ya estamos haciendo y, por lo tanto, la innovación no dejará nunca de ser un discurso años luz alejado de nuestras prácticas cotidianas. Cualquier atajo que tomemos tendrá poco recorrido, porque la innovación no pasa solo por incorporar nuevas metodologías o cambiar formas de hacer, por provocar un cambio aparente. La innovación implica un cambio más profundo: de las formas de mirar, de pensar y de relacionarnos, de los principios, valores, creencias, aspiraciones y metas que nos guían, de nuestra cultura de trabajo y de nuestra forma de vivir y de sentir el ejercicio profesional. En definitiva, la innovación supone un cambio en nosotros mismos, conectar con el sentido profundo y el fin último que la hace necesaria. Para mí, este sentido profundo tiene que ver con la construcción de una sociedad que ponga la vida, los vínculos y el bien común en el centro. Y, evidentemente, para construir este tipo de sociedad no sirve cualquier intervención social. A mi parecer, la práctica innovadora está al fiel servicio de una intervención social inquieta e inconformista, implicada y sensible, valiente y arriesgada, imaginativa y esperanzada, creativa y estratégica, forjadora incansable de vínculos y energía colectiva orientados a crear nuevas realidades.

Los artículos que configuran el bloque inicial del monográfico, con el objetivo de generar un marco teórico de partida, profundizan justamente en estas cuestiones de fondo que, pese a ser claves, a menudo se pasan por alto. Me refiero al sentido de la innovación, al porqué es imprescindible hoy en la intervención social, a cómo la debemos entender si realmente queremos que tenga incidencia y un impacto transformador, a qué dife-

rentes implicaciones tiene y a cómo nos interpela, a qué nos reclama, a qué nos aporta... Buscando el necesario y virtuoso diálogo entre la teoría y la práctica, a este marco inicial le sigue un conjunto de experiencias diversas de innovación relacionadas con la planificación y la prestación de apoyo social a la ciudadanía, con la transformación de los contextos organizativos, y con la formación, el desarrollo profesional y la producción colectiva de conocimiento.

Estas experiencias, como tantas otras, nos demuestran que, a pesar de los muchos condicionantes, obstáculos y dificultades de todo tipo, la práctica innovadora, además de necesaria, es posible. Visibilizar y compartir las experiencias de innovación es fundamental, ya que el aprendizaje generado a partir de su sistematización y su difusión puede convertirlas en un modelo o una guía para otros posibles proyectos a impulsar. Cuando se llega al pico del desánimo y de la rutina asfixiante, es preciso dejar en cuarentena permanente los miedos, las inseguridades y todo aquello que anestesia y secuestra nuestro potencial creador. Es necesario desescalar, dejar de estar cerrados en nosotros mismos y de protegernos poniendo excusas, engañándonos creyendo que estamos inmunizados para siempre ante la tentación o el virus del statu quo, y, de forma inteligente y saludable, dejarnos contagiar por la inspiración, la motivación y el talento de los demás.

En el actual océano de complejidad e incertidumbre en el que estamos inmersos, del cual solo podremos salir indemnes aprendiendo a ser más creativos y estratégicos, únicamente nos queda asumir con humildad que no podemos predecir el futuro, pero sí que lo podemos crear. No obstante, es preciso creer en el futuro para poderlo crear, es necesario dejar de conjugar de memoria y por costumbre los verbos en pasado y empezarlos a conjugar en futuro y en condicional, con los ojos brillantes y la voz temblorosa, como los niños cuando emocionados hacen algo por primera vez. Es necesario abrazar todos los "podríamos" del mundo, hacer de ellos nuestros mejores aliados, llenarnos hasta rebosar de su optimismo práctico y de su potencial transformador. El futuro depende de lo que hagamos y, también, de lo que no hagamos ahora, en este presente tan desafiante.

Solo si activamos al máximo nuestra capacidad imaginativa y creadora, propositiva y de acción radical, conseguiremos salir de las prisiones de lo posible, desafiando y transgrediendo los límites del territorio siempre estrecho de lo viable, desplazando y extendiendo sus confines, llevándolos lejos, siempre un poco más allá. Solo el coraje de apostar por esta opción valiente y comprometida nos puede convertir, a todos aquellos que formamos parte de los servicios de bienestar, en creadores de un relato, en guionistas de una historia con la trama y el desenlace que nosotros elijamos, en protagonistas de aquello diferente que puede suceder. Si realmente nos lo proponemos, quién sabe si algún día podremos decir que aquello que parecía una ficción se ha convertido en una realidad, de la cual sentirnos responsables y orgullosos. Incluso quién sabe si entonces también la realidad superará, en positivo, a la ficción.

Quizá llevamos demasiado tiempo haciendo lo que nos parece posible, pero ahora ya ha quedado claro que eso no es suficiente. Ahora toca una cierta dosis o, mejor, una sobredosis de imposible. Creo que es justamente la resignación y el conformismo ante aquello que creemos imposible lo que nos tiene atrapados, cautivos de tantas cosas, también de nosotros mismos. ¿Nos atrevemos a mirar hacia delante, a imaginar qué sociedad queremos y a hacer posible la intervención social que puede ayudar a construirla? Esta es la cuestión nuclear e, incluso, revolucionaria. Solo aprender a imaginar libremente nos ayudará a transgredir el orden establecido, a abrir el foco para ampliar el territorio de lo que es posible o, lo que es lo mismo, a abrir grietas en la realidad por las que pase el aire y la luz. Nuestra civilización ha ido evolucionando a lo largo de una extensa cadena de imposibles que, en algún momento, dejaron de serlo y que nos permitieron hacer pie, tomar nuevo impulso, emerger a la superficie y tomar aire para no ahogarnos y seguir adelante. Justamente, en tiempos de crisis como el actual, es cuando aquello impensable e irrealizable reclama con más fuerza y urgencia hacerse real. Lo que al final acabe ocurriendo tendrá que ver con si decidimos activar nuestra capacidad de imaginación radical y creadora o nuestra capacidad de resignación y de olvido. ¿Cuál es nuestra opción?